

Hanna Giselle
Mejía Esquivia



Finalmente

El padre Pepe no se decide. Míralo allí detrás de la puerta siguiendo mis movimientos con sus ojos de clérigo queriendo salir de la sotana, mientras yo sigo aquí solterona, muda y de pie zambo. Le sirvo de criada y me esfuerzo por un milagro. José Ignacio: así lo llama la gente. Un cura de la ciudad venido a parar a un pueblo donde la iglesia está al revés como queriendo mirar al río. Él cree que no veo cómo desde un tiempo acá tiene como ritual el observar mi cuerpo medio cuajado. Gasta quince minutos pegado en la puerta, y como me cree conforme de mi condición imperfecta, permanece allí hasta el desayuno. Seguramente vea en mí a la tal Marinetta de la que tanto habla, esa a la que una vez le pellizcó el culo en su tiempo de seminario.

Esta mañana es diferente. Se mueve como un hombre al que un calor bochornoso se le concentra en el miembro. Hacen muchos años desde su boda con el señor; sin embargo, flaquea, su alma lucha contra la soledad como movida por la influencia del diablo. Él no lo dice, pero sé que conoce su condición carnal. Huye y se esconde, más ha perdido voluntad. Sé que tiene que caer, tendrá que despegarse de sus votos. Seguiré limpiando la cocina: menearé los cazos, acomodaré la loza y brillaré el mesón con el paño viejo de siempre. Me llevaré a la boca un poco del guiso de la estufa y me relameré los labios estropeados y resecos. Míralo cómo no parpadea.

Con un padre imponente y temido, y una madre malformada y devota, era necesario que, siendo su hija, pagara los pecados de haber nacido chueca como mi madre, con el castigo de nunca haberme casado. Me enviaron al cuidado del sacerdote a ver si Dios les echaba una manita, y ellos como buenos feligreses responderían ante él manteniendo su templo con generosas limosnas. La ayuda nunca llegó, y yo seguía sola y más vieja. Desentendidos y avergonzados, mis padres me aborrecieron.

Y sigue ahí con la puerta aún más abierta y los ojos casi fuera de órbita. Su pantalón no puede contener calmado sus asuntos. Se siente incómodo; es mejor que dé un paseo. Como el pueblo es pequeño, se sienta en el parque y al mirar el río se encuentra insatisfecho. Posiblemente recuerda a Marinetta, la rechoncha mujer a la que ha tocado de muchacho, la única, y le reprocha al señor no poder llenar su vacío. Vuelve a la casa y desayuna, mas no se siente lleno. De nada me sirve palmearle la espalda; se levanta y se refugia en su despacho cural. Se atiborra de partidas de matrimonio y mientras firma probablemente profiere una plegaria al Señor para que lo sosiegue. Cae una eternidad sobre mí cuando él se abandona en su despacho.

Me pongo a cocinar y entretanto le va subiendo la temperatura. El hombre no halla qué hacer; desesperado, suda y la piel se le pone roja. Las ropas le pesan y no puede dominar el mal humor que le acomete. Aunque la puerta esté cerrada, desde fuera le llega mi olor más dulzón y atrayente. No puede más: al punto del desmayo toma una decisión que me conviene. Se va al baño de su cuarto.

Mientras sigo con mis ollas él está encerrado en el baño. Esta es mi oportunidad, calculo que es ahora o nunca. Le arreglaré la cama; el resto tendrá que venir solo.

1. Profesional en Negocios Internacionales. Universidad del Magdalena. Correo electrónico: hangime95@gmail.com

Al terminar su actividad sale y me encuentra inclinada y con la falda más fea de mi arsenal componiendo su cama. Mis piernas amarillentas se asoman dispuestas. Al estar ya iniciado me ve y se persigna. ¡Que lo lleve el diablo! Entonces, el diablo se le mete entero. Me empuja y me despatarra en la cama. El animalote que le brinca como pez capturado hace incongruencia con sus movimientos inexpertos y torpes de cura encendido. Se oye un estrépito en todo el pueblo; la cama se bambolea contra la pared con ritmo ruidoso a medida que empuja contra mi hueco estrecho. Gozosa, no sé si llorar o sentirme bendecida. Disfruto como una mártir liberada de una vida callada y encaminada al sufrimiento impuesto. Y ambos repetimos una y otra y otra vez, y no nos privamos de nada. Su vacío se llena, y nuevamente se descarga en mí hasta quedar seco.

Entumecido cae como muerto y se olvida del mundo. Su fiebre pasa; pronto nota que ya no estoy. Mientras tanto, una procesión de sangre que llega hasta la calle da a entender que, como virgen

rota, me he liberado. El pueblo presiente que soy un milagro desnudo. Camino y adorno el piso con el líquido escarlata que se desprende de mis entrañas. Mi espectro refulge y ciega a la gente que, asombrada, se arrodilla, da golpes de pecho y se santigua al Señor. Como milagro me elevo hasta lo más alto de mi casa y allí me oculto de los ojos de los chismosos. Y solo en su propio lecho yace mi cura temiendo al castigo de los vivos. La multitud enardecida toca su puerta. Es cuestión para que caiga retirado.

Desnuda frente a mis padres, digo:

—Finalmente Pepe se ha decidido.

Referencia bibliográfica

Walhouse Mark, E. (1843). Catedral de Santa Marta (Interior) [Acuarela]. Bogotá, Colección de arte del Banco de la República. Recuperado de <https://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte/obra/catedral-de-santa-marta-interior-ap0041> 📄

